
futuro
Suplemento de ciencias de **Página/12**
Año 17 / N° 912 | 08 . 09 . 2007

MANFRED VON ARDENNE Y LA BOMBA SOVIETICA

El barón rojo

POR MATIAS ALINOVI

Registró más de 600 patentes, inventó el microscopio electrónico y los lentes infrarrojos de visión nocturna, construyó el primer televisor doméstico y luchó contra el cáncer. Sin embargo, será citado, ahora y siempre, por su coqueteo con el mal: el barón Manfred von Ardenne participó primero en los intentos por construir la *Wunderwaffe*, el "arma maravillosa" con que Hitler esperaba alcanzar una victoria definitiva, y luego desarrolló el programa nuclear soviético, convirtiéndose en uno de los principales cerebros del Este. Y curiosamente, su personalidad fraudulenta es comparable con la del físico austríaco que engatusó a Perón. Con una pequeña diferencia: a Ronald Richter se lo denuesta y a Ardenne se lo celebra.

Las diez ediciones de las memorias del barón Manfred von Ardenne registran el mismo pasaje: "Sólo en el escritorio del general Sawenjagin se nos reveló el secreto. Según unas noticias que les habían llegado, un físico austríaco, el doctor Ronald Richter, en un laboratorio secreto del dictador argentino Perón, en la isla Huemul, había logrado solucionar prácticamente el problema de la fusión nuclear controlada. La noticia había causado una agitación considerable en nuestra oficina de Moscú. Durante la reunión, nos llegaron opiniones de todo el mundo respecto de las noticias oficiales y escasas de la Argentina. Nos preguntaron qué opinábamos de aquellas noticias y, sobre todo, si nos parecía probable la producción de plasma mediante algunos millones de grados Celsius. Yo recomendé al general Sawenjagin que no tomara en serio el asunto, siempre que aquel doctor Ronald Richter que estaba junto a Perón fuera el mismo doctor Ronald Richter que habían contratado en 1943 en el Instituto de Física Nuclear del Ministerio de Correos cuando yo lo había dirigido. Tenía un mal recuerdo de mis experiencias con aquel señor. Y aunque por entonces, a causa de la guerra, no había muchos científicos capaces de trabajar en el instituto, había tenido que despedirlo. Con él, fantasía y realidad científica se mezclaban tanto que no se podía confiar en los resultados de su trabajo. Según las informaciones inmediatamente pedidas sobre este físico argentino, no cabía duda de que se trataba de mi colega temporario en Berlín-Lichterfelde. Así que aquel asunto acabó para nosotros. Al profesor Hertz, al doctor Steenbeck y a mí nos dejaron volver al sur. Recuerdo que, ya en 1943, en Lichterfelde, aquel doctor Richter había mencionado la idea de que debíamos intentar la fusión de núcleos leves de helio mediante descargas de gas por alta electricidad. Era una movida en la dirección correcta, pero su actitud, indigna de un científico, consistía en describir las especulaciones teóricas como hechos verdaderos, y así obtener recursos económicos para sus investigaciones y para su vida personal". >>>

El barón...

>>> El barón evoca un episodio del año ’51. En marzo de aquel año Perón había leído en Buenos Aires un comunicado de prensa anunciando que un mes antes, en la planta piloto de energía atómica de la isla Huemul, en San Carlos de Bariloche, se había verificado un prodigio: los hombres –un hombre– habían logrado controlar el proceso de la fusión nuclear. Por entonces, el mundo ya conocía los efectos de la energía nuclear de fisión. Y aunque se conjeturaba que la posibilidad teórica inversa, la unión de núcleos atómicos, también conducía a la liberación de enormes energías, controlar aquel proceso se consideraba imposible. Los modelos teóricos solares establecían que en el centro del Sol temperaturas cercanas a los quince millones de grados favorecían la fusión de los núcleos de hidrógeno y de helio; que la energía solar se originaba en ese continuo proceso de fusión a que estaban sometidos sus átomos. Dar crédito al anuncio de Perón suponía entonces aceptar que Ronald Richter, un físico austríaco inadvertidamente llegado al país, había construido un pequeño Sol argentino –*“eine kleine Sonne”*, son sus palabras– en una isla que, a su llegada, no tenía luz eléctrica.

Ardenne tenía razón: aquellas noticias debían ser desestimadas. No por eso dejaremos de objetar que, estrictamente, opina ignorando todo pormenor de la aventura de Richter. Y aunque escribe *ex post facta*, cediendo quizás a la tentación de exagerar ante los lectores la confianza de aquellos generales en su criterio. Aunque son objeciones débiles, que no alcanzan su único argumento. Ardenne conocía a Richter, lo había frecuentado fugazmente, y ante los generales fundamenta su escepticismo en ese conocimiento directo. Por oposición, Heinrich Hertz, una figura científica mayor, aparece mudo en el pasaje, como convalidando en silencio la naturaleza irrebatible del argumento del barón.

Y sin embargo, ¿no hay algo anormal en la crítica de Ardenne, en su descalificación? Hay algo anormal en toda crítica: su velada elocuencia sobre el crítico. Ante la inquietud de los generales, el barón desestima la trascendencia de las noticias que llegan de la Argentina porque conoce a Richter, y no por una imposibilidad técnica real. Como si no advirtiera la inquietud de aquellos generales, o como si la subestimara. Como si ante la impostura de un colega no sintiera la necesidad de afirmar su propia posición revelando las razones técnicas de aquella impostura.

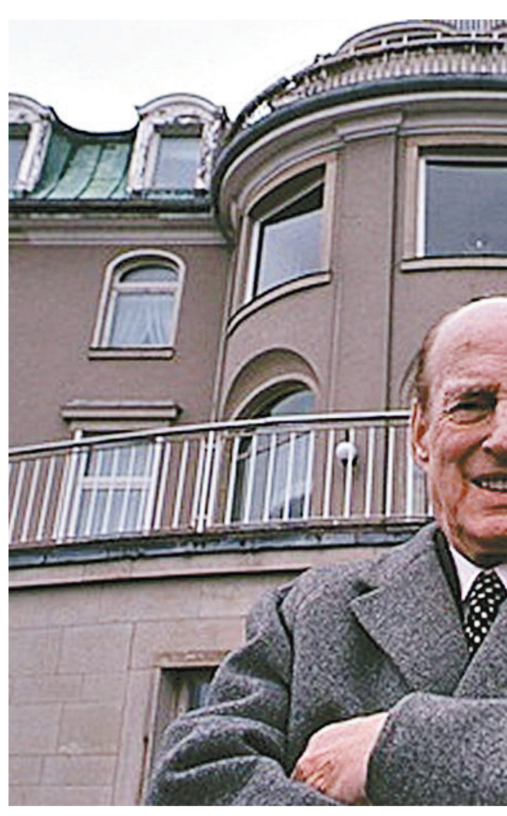
EL SECRETO ATOMICO DE HUEMUL

La historia canónica del fraude Richter ha sido escrita por Mario Mariscotti. Aquel libro inteligente es varias cosas a la vez. Su verdadero argumento, presentado por oposición, es quizá la abnegada biografía de Enrique Gaviola. En imágenes perdurables –Richter prometiendo a Perón un pequeño Sol; Richter sobrevolando la geografía argentina en una avioneta anacrónica junto al edecán González; Richter ya delirante, buscando convencer a la comisión investigadora con explosiones pueriles– asistimos a la confirmación de un fraude científico, y al mismo tiempo sentimos que el fraude no es lo esencial, que el autor no ha querido ser anecdótico, y que de aquella historia infausta surge la figura de Gaviola, simbólica del surgimiento de la investigación nacional.

A través de la lógica de la lucha política –los postergados de hoy son los reestablecidos de mañana– ocurrió que el fraude acabó impulsando el desarrollo de la investigación atómica en el país. El fraude no es nunca del todo infecundo. El solo emplazamiento del Instituto Balseiro lo declara.

YO, MANFRED

De familia aristocrática, Manfred von Ardenne nació en Hamburgo en 1907. A los quince años patentó su primera invención: un tubo de rayos catódicos que vendió al fabricante de radios Siegfried Loewe. Aquella versión mejorada del tubo de Braun permitió a Loewe fundar una compañía de radiorreceptores. El barón, por su parte, invirtió el dinero en la construcción del primer amplificador de banda ancha, un invento precursor del radar. Aquel año, sin el Abitur (el examen que habilita para el ingreso) asistió a la universidad. Siguió cursos introductorios de física, química y matemáticas que al cabo de cuatro semestres abandonó, decidido a estudiar aquellas disciplinas por su cuenta. Al año siguiente, ya establecido como autodidacta, pudo disponer libremente de su herencia; aquella fortuna conocerá el monótono destino de todo el capital que llegue a manos del barón a lo largo de su vida: la inversión en nuevos instrumentos científicos. Estableció un laboratorio en Berlín, que dirigió hasta 1945.


EL BARON MANFRED VON ARDENNE FUE LA CABEZA DEL PROY

Durante ese período participó del desarrollo del microscopio de barrido electrónico y de la televisión. Sus biógrafos –él mismo– lo quieren inventor de la televisión electrónica y aseguran que en la Nochebuena del año ’33 logró transmitir imágenes de televisión por primera vez. Sin embargo, su nombre no figura entre los precursores de la televisión unánimemente aceptados, como John Baird, o Philo T. Farnsworth. Aquel año señaló el término del régimen liberal de la República de Weimar.

Bajo el Tercer Reich la suerte de Ardenne no cambió. La más inconmovible estabilidad personal en medio de la más fenomenal inestabilidad social y política fue otra de las claves de su vida. Una suerte de invulnerabilidad maléfica que no lo abandonó nunca.

A partir del año ’39 recibió fondos del régimen nazi para el desarrollo de un radar, que no logró producir en serie. Cuatro años más tarde el régimen lo contrató como director de un instituto que, por los apuros de la guerra, funcionó en el Ministerio de Correos. La orden fue desarrollar un “dispositivo atómico de destrucción”, y fue sin duda otra prueba del estado de improvisación general del momento. ¿Qué sabía el barón de física nuclear? La única certeza es que en su laboratorio privado tenía un pequeño acelerador Van de Graaf, que Richter utilizó.

> **Tanto Ardenne como Richter encontr**
> **en la nebulosa original de la física nu**
> **experiencias se le puede atribuir, ant**
> **individuales, a diferencias propias de**

LA BOMBA ROJA

Tras la capitulación alemana las tropas soviéticas de ocupación procedieron al usufructo del vencido con arreglo a orden. Para ahorrar esfuerzos hacia la bomba propia, los soviéticos debían apoderarse del uranio que, de acuerdo con las agencias, el Reich había ido acopiando durante la guerra. Pero si la prioridad era el uranio, tampoco debía descuidarse la materia gris, ni los documentos que pudieran encontrarse.

Las tropas que irrumpieron en el Instituto Kaiser Wilhelm, de Berlín, reportaron a Moscú que el célebre Otto Hahn, que en aquel laboratorio



...ECTO SOVIETICO PARA FABRICAR UNA BOMBA ATOMICA.

ahora desmantelado había procedido, por primera vez, a la fisión nuclear, previsiblemente había desaparecido. Tampoco encontraron a Heisenberg, su último director, cuyo destino ultramarino, a instancias de Gaviola, debería haber sido la Argentina: el destino nacional como amarga ucronía. No estaba Hahn, no estaba Heisenberg, pero estaba Ardenne. El barón anota en sus memorias que a instancias suyas los empleados del instituto se esmeraron en la redacción de carteles en ruso que advirtieran a las tropas sobre el carácter científico de aquella institución. Y a renglón seguido suelta una confesión inverificable: por entonces ya hacía un año que había decidido, *in pectore*, colaborar con los soviéticos en cuanto acabara la guerra.

El 10 de mayo el barón recibió en su laboratorio la visita de un general soviético que manifestó su aprobación ante el estado de los equipos, que parecían intactos –como si su visita hubiera sido esperada–, e invitó al barón a desarrollar sus actividades en la Unión Soviética.

El 19 de mayo se dieron nuevos encuentros.

El 21 el barón viajó, junto a tres colaboradores, a Moscú. El propósito del viaje consistió en firmar un acuerdo para la creación de un instituto. Pero en el aeródromo de Moscú, ante la pregunta asombrada de una intérprete –"¿no vino con sus hijos?"– entendió que la estadía iba a prolongarse, que el

...aron un campo fecundo de acción ...uclear. La suerte dispar de sus ...es que a desiguales capacidades ...l medio en el que actuaron.

viaje no era preliminar, sino, de algún modo, definitivo. Aún no sabía que iba a permanecer diez años en territorio soviético. Al mismo tiempo, en Berlín, cien soldados irrumpieron en su laboratorio. Llenaron 750 cajas con equipos. Cuando se acabó la madera para embalar las piezas más grandes, levantaron el parquet de un bowling cercano. Tres semanas después, el personal del instituto se reunió con el barón cerca de Moscú.

La explosión en Hiroshima aceleró los tiempos. Stalin exigía resultados. Convocado a los más altos despachos, al barón se le exigió construir una bomba atómica. Siempre igual a sí mismo, dice en su biografía haber entendido inmediatamente que, de obedecer, no volverá a ver su hogar. ¿Qué hizo entonces? Sugiere a las personalidades que lo entrevistan que lo mejor era establecer una suerte de división de tareas: que los alemanes enriquecieran el uranio mientras los soviéticos construían la bomba. Tras media hora de deliberaciones, explica el barón, su propuesta fue aprobada.

Por todo comentario, hay que recordar lo que alguien dijo sobre Richter: leyendo una línea suya se puede creer que es un genio; leyendo dos se entiende que está loco.

Durante los diez años en Georgia, junto al mar Negro, Ardenne procedió con mezquindad de megalómano. Exigió que a Hertz se le asignase un laboratorio independiente, apartado del suyo; degradó a algunos de sus colaboradores y a otros los apartó definitivamente, acusándolos de quebrar la unidad del grupo alemán. Todo exiliado del grupo del barón encontró refugio en el grupo de Hertz, que prosperó y alcanzó los resultados que se esperaban del de Ardenne.

Especie de reconocimiento burocrático, al final de su carrera en la Unión Soviética, cuando todos sus subalternos ya habían sido distinguidos, el barón recibió un premio Stalin: ciento cincuenta mil rublos. La medalla peronista tampoco distinguió en la figura de Richter la consecución de un prominente logro científico, sino, justamente, "esa fe peronista que lo conquistó al pisar nuestro suelo". Casi se puede anticipar el monótono destino de aquellos recursos. Los rublos del premio compraron la tierra en la que el barón debía construir un castillo: su nuevo instituto privado de investigación, en Dresden. Ningún biógrafo olvida anotar que allí llegó a dirigir 512 trabajadores, y que el carácter privado del instituto era inusitado en el este. Al frente de aquel instituto el barón vivió un período patético y consagratorio. Incursionó en la biomedicina y desarrolló una terapia que emplea el oxígeno como cura de casi todas las enfermedades. La explotación comercial de la desesperación ajena lo llevó a inscribir unas 600 patentes comerciales, y no le impidió acumular los honores que prodigaba el nuevo régimen. Tras la reunificación alemana el instituto colapsó por problemas financieros y renació como sociedad anónima. Ardenne murió en Dresden, en mayo del 1997.

UCRONIAS

Porque fueron colegas, porque el barón se refiere al austríaco en sus memorias, de algún modo es lícito comparar las experiencias de Richter y de Ardenne. ¿Qué enseña esa comparación? Podría decirse que entre el celebrado Ardenne y el denostado Richter no hay, esencialmente, otra diferencia que la establecida por los adjetivos. Ambas personalidades, básicamente fraudulentas, encontraron un campo fecundo de acción en la nebulosa original de la física nuclear. La suerte dispar de sus experiencias se le puede atribuir, antes que a desiguales capacidades individuales, a diferencias propias del medio en el que actuaron.

Más precisamente, entre la impostura de uno y otro hay una diferencia de grado, no esencial. La impostura de Richter es obvia, clamorosa, indudable. La de Ardenne ambigua, amparada en un prestigio anterior y en la inestabilidad del cambio de régimen. Pero esa diferencia de grado, aunque explicaría quizás el fracaso final de Richter, no sabría explicar la consagración de Ardenne.

Quien consagra a Ardenne es el sistema. El barón es el hombre del sistema, por eso su prestigio supera todo cambio de régimen. Establece con su entorno una simbiosis. Nunca deja de invertir sus recursos personales en nuevos instrumentos. Funda institutos en los que emplea a otros investigadores. Y el sistema, el poder, lo recompensa con honores. En su caso, las capacidades científicas pueden pasar a segundo plano. Alcanzada una cierta masa crítica –una cantidad de recursos, de investigadores– el sistema no necesita solamente científicos de excelencia, sino también inversiones, o voluntades emprendedoras. Y el sistema silencia la impostura del barón ahogándola bajo el peso de aquellos honores, que van conformando un prestigio. El prestigio, que suele ser un malentendido, es muchas veces una injusticia.

Richter en cambio está solo, emprende un fraude solitario donde aún no existe el sistema. Y como no puede ofrecer nada a ese sistema inexistente, sino sólo a Perón, su apogeo durará lo que dure el convencimiento de su benefactor. La falta de sistema, que parece otorgarle una libertad total, carga en realidad a cada uno de sus gestos de una trascendencia tal que le impide el movimiento. No hay sistema que lo ampare, que prohíje su impostura.

Una ucronía. ¿Qué habría sido de Richter en Alemania? Un nuevo Ardenne, quizás.

EL MARTES, GRAN ECLIPSE DE SOL

A media luz

POR MARIANO RIBAS

En una doble actuación, tan rara como memorable, la Luna sigue dando que hablar: hace poco se hundió en el cono de sombra de la Tierra, protagonizando un muy mediático eclipse total (aunque tapado por las nubes en medio país). Y durante la mañana del próximo martes, se dará el lujo de desfilar delante del mismísimo Sol. Será un *gran* eclipse parcial. El más importante que nos haya tocado desde 1994. Se verá en toda Argentina, pero alcanzará su mayor dramatismo en la zona central y, muy especialmente, en el Sur.

Los eclipses de Sol ocurren cada vez que la Luna se interpone entre nuestra estrella y la Tierra. Y según las circunstancias (posición del observador, distancia Tierra-Luna en ese momento), pueden ser totales, anulares o parciales. Y bien, el martes nos toca un eclipse parcial de Sol, y las únicas zonas del planeta donde se verá son la mitad Sur de Sudamérica, y parte de la Antártida. Mirando el panorama general, la verdad, tenemos las mejores plateas: en Perú, Bolivia, Paraguay, y Brasil, el show será modesto. En Buenos Aires y alrededores, el eclipse comenzará a las 7.43, con el Sol bajito en el cielo del Este (8º sobre el horizonte). En ese momento, la Luna "tocará" el borde superior izquierdo del disco solar. Y a partir de allí, irá avanzando –de izquierda a derecha– provocando un "mordisco" negro cada vez más grande. Para los porteños, el clímax llegará a las 8.48, cuando la Luna cubrirá más de la mitad del diámetro solar (el 52%). Lentamente, el satélite seguirá su marcha, y finalmente se "despegará" del Sol a las 10.03. De punta a punta, el fenómeno durará 2 horas y 20 minutos.

En el Norte de Argentina, el eclipse será menor: en la ciudad de Salta, por ejemplo, la Luna tapará el 40% del diámetro solar, a las 8.25. De todos modos, nada mal. En el centro, será más notable: la ciudad de Córdoba tendrá un eclipse del 50% (8.38); Rosario, un 51% (a las 8.43); y Mendoza, un 54% (8.39). Pero, sin dudas, lo mejor se verá en la Patagonia: en Bariloche, el mordisco negro de la Luna cubrirá el 64% del diámetro del Sol (8.54). Lo más impresionante se vivirá en Río Gallegos y Ushuaia, donde el ocultamiento será del 70% (a las 9.18 y 9.25, respectivamente). Más allá de los números, hay algo igualmente impactante: en el momento central del eclipse, los patagónicos notarán una clara disminución de la luz diurna.

¿Cómo observar el eclipse? Nunca con telescopios y binoculares sin filtros especiales. Un descuido podría quemarnos –literalmente– los ojos. Para mirar a simple vista, siempre está la opción "casera": máscaras de soldar, radiografías, y películas fotográficas veladas. Pero ojo, sólo si se echan vistazos de unos segundos. El martes todos disfrutaremos de una verdadera mañana a media luz. Y luego, a esperar casi tres años: el próximo encuentro aparente de la Luna y el Sol –visible desde Argentina– será, recién, en julio de 2010.

El Planetario de la Ciudad de Buenos Aires organizará un evento especial, público y gratuito, para observar el eclipse solar en forma segura, con varios telescopios. La cita es el martes 11 de septiembre, a partir de las 7.45 hs, en Av. Sarmiento y Av. Figueroa Alcorta.



EL PELIGROSO AVANCE DE LA UFOLOGIA

Cuestión de fe

POR PATRICIO LENNARD

Hacia fines del siglo XVII, observados a través del recién inventado telescopio, los cráteres de la Luna fueron tenidos por Kepler por gigantescas ciudades con muros circulares. En esa bella conjetura, Ernst Bloch entrevió uno de los tantos avatares que en la historia ha tenido el antiguo arquetipo según el cual las estrellas eran residencias de seres superiores. Así, la concepción teológica que situaba en las alturas la morada de los bienaventurados hizo que cielo y paraíso fueran, durante siglos, una y la misma cosa. Una creencia que recién con las teorías de Copérnico comenzó a descentrarse, y que en su libro de 1766, *Sueños de un visionario*, en algún sentido Kant invertía: "No se piensa, empero, que, vista desde los inabarcables espacios siderales, nuestra Tierra también aparece como una de las estrellas del firmamento, y que los habitantes de otros mundos también pueden con la misma razón apuntar hacia nosotros y decir: 'Mirad allí la sede de las alegrías permanentes y de una estancia celeste preparada para recibirnos a nosotros un día'".

La vida extraterrestre ha sido y sigue siendo una cuestión de fe, sobre todo. Un terreno en que las supersticiones, paradójicamente, pueden arrogarse estatura científica. Incluso para los ufólogos, esos autoproclamados "expertos" cuyo campo de acción suele entremezclar lo paranormal, el esoterismo y la astronomía, la existencia de los ovnis es un fenómeno del que nadie ha podido explicar su origen, una suma de especulaciones, un verdadero misterio. Más allá de cómo la ciencia se ampara en las enormes distancias estelares y en la imposibilidad de viajar a la velocidad de la luz para desacreditar la idea de que una nave intergaláctica haya podido alguna vez visitarnos, nadie niega la existencia de los innumerables testimonios y registros fílmicos y fotográficos de ovnis, sean éstos o no fidedignos. Y es que esa forma alucinada y boquiabierta de casuística, ese compendio entre new age y kitsch de cientificismo que a menudo es la ufología, suele tener como premisa la evidencia de, justamente, una falta de evidencia: el impedimento de aportar a través del objeto volador no identificado, o de los maizales quemados, una prueba de vida alienígena.

"El misterio de los platos voladores ha sido, ante todo, totalmente terrestre", escribió Roland Barthes a fines de los '50, treinta años después de que la "psicosis marciana" fuera desatada por Orson Welles, cuando desde un programa de radio sembró el pánico entre los norteamericanos con el cuento de un ataque de sanguinarios extraterrestres. Algo que en la Argentina tuvo un correlato berreta y delirante, carente de cualquier efecto intranquilizador en el público, cuando en 1968 se supo de la supuesta teletransportación de un matrimonio que viajaba por la Ruta 2 en un Peugeot 403, a la altura de Chascomús, y que, repentinamente, luego de verse envueltos en un banco de niebla, aparecieron dos días después en una carretera en las afueras de la Ciudad de México. El "Caso Vidal", tal como se lo dio a conocer en la prensa, fue durante años un clásico indiscutido de la ufología vernácula nacional. Eso, hasta que el cineasta Aníbal Uset, director de un infame film de ciencia ficción titulado *Che OVNI* –protagonizado por Marcela López Rey, Jorge Sobral y Perla Caron–, confesó que aquello había sido un invento urdido con el fin de promocionar una película en la que sus personajes eran teletransportados a Londres. Para ello contaron con la complicidad de Pipo Mancera, quien en su exitoso programa *Sábados circulares* entrevistó a un pretendido conocido de la pareja abducida. Un muchacho que no dijo, por supuesto, que era ayudante personal de Uset y uno de los ignotos extras que actuaba en *Che OVNI*, y mucho menos que su verdadero nombre era Juan Alberto Mateyko.

ENCUENTROS CERCANOS DE NINGUN TIPO

Es posible pasarse horas contemplando de manera absorta, en la inminencia casi permanente de un hilo de baba pronto a desbarrancarse por la comisura del labio, y con la esperanza de avistar en ese cielo granuloso de poco más de cinco centímetros algo que tan siquiera se parezca a un ovni, la imagen que las veinticuatro horas del día transmite en un portal de Internet una cámara web desde el cerro Uritorco.

A partir de esa noche de enero de 1986 en que una enorme luz sorprendió a tres lugareños y dejó estampada en el pasto una huella ovoide de cien metros de diámetro, el cerro Uritorco, en Capilla del Monte, Córdoba, fue ganándose el lugar de capital argentina del ovni. Los agitados informes que durante varias semanas hizo José de Zer para el noticiero de Canal 9 –y que se repetirían dos años más tarde, cuando en el lugar apareció una huella calórica que derretía el calzado de quien la transitaba, en un momento en que ya eran numerosos los testimonios de personas que juraban haber tenido allí contacto con extraterrestres– contribuyeron para que el Uritorco se convirtiera en un centro ufológico y espiritual que actualmente recibe a 50 mil turistas al año y que se ha poblado de vendedores de souvenirs, baqueanos de lo paranormal y trasnochados hippies. Casi un parque temático (un "manantial energético", afirmarán algunos) alrededor del cual la ufología argentina ha construido, en las dos últimas décadas, una parte nada despreciable de su discurso.

FUEGO EN EL CIELO

El mediático Fabio Zerpa, parapsicólogo experto en temas esotéricos, autor de más de una docena de libros sobre la presencia extraterrestre en la Tierra y luminaria de la señal de cable Infinito, es sin duda uno de los referentes insoslayables en el campo de la divulgación ufológica en la Argentina. Un campo que, lejos de asumir el carácter de pseudo ciencia recreativa que podría endilgársele, se presenta, a partir del uso de cierta terminología y de su funcionamiento institucional, como una auténtica disciplina científica. De ahí que en noviembre de 2006, en el Congreso Mundial Ovni que se llevó a cabo en Buenos Aires, se insistiera en la necesidad de obtener apoyo del Estado para el desarrollo en el país de la investigación ufológica. Una consigna sobre la que Silvia Simondini, investigadora y creadora de la organización Visión Ovni, oportunamente se despachó diciendo: "Me duele que las fuerzas armadas de Chile y Uruguay nos ofrezcan sus laboratorios y acá nada. Quiero que se den cuenta de que hay gente seria trabajando y que esto no es ciencia ficción: yo muestro evidencia a partir del trabajo de campo que realizo".

Quizá sea un tanto inquietante, cuando no llamativo, saber que en febrero de este año el ejército de Chile, en un hecho calificado de inédito, le permitió a su capitán Rodrigo Bravo participar de un congreso de ufólogos en el que habló de una serie de avistamientos de ovnis por parte de pilotos militares, en un país que no casualmente es considerado (después de los Estados Unidos, Perú, Brasil y Rusia) como el quinto del mundo con la mayor cantidad de contactos de este tipo. También sorprende que recientemente Francia se haya convertido en el primer país en publicar en Internet los archivos de su grupo de científicos dedicado a la investigación del fenómeno ovni: 1600 casos que se irán colgando paulatinamente en la red, ya que constan de más de 6 mil testimonios y documentos que, en su mayoría, hablan de cosas que los expertos del Grupo de Estudios y de Información de Fenómenos Aeroespaciales No Identificados (Geipan) han juzgado inexplicables. "No hay que esperar revelaciones, pero buscamos que los archivos sirvan a los científicos y que el fenómeno de los ovnis se convierta en objeto de estudio", declaró Jacques Patenet, responsable del Geipan, dejando en claro que en su país se investiga seriamente al respecto.

A la pregunta "¿Descubriremos alguna vez vida extraterrestre en el espacio exterior?", los ufólogos suelen responderla volviendo la mirada, una y otra vez, hacia nuestro propio mundo. Que la sonda Mars Express descubra la existencia de bacterias en los casquetes de hielo del "planeta rojo" se nos antoja, si no aburrido, mucho menos excitante que cualquier episodio de *The X-Files* o de *Taken*. Y es que en lo extraño se asienta una parte esencial de la atracción astronómica. De ese afán que muchas veces se empecina en indagar el recóndito "secreto del firmamento de la Tierra", para decirlo con las palabras de Paracelso. Quizá no nos sea del todo difícil explicarles a quienes lleguen alguna vez de otra galaxia que se equivocaron de estrella, que el verdadero cielo es otro. Conformémonos, mientras, con el deseo de crecer que no estamos solos en el universo, y tengamos preparada por si acaso una pancarta que en letras bien grandes sólo diga: "¡Welcome!".